

Colección Limbus

Primera edición: Febrero de 2016

Título: El repicar monótono del agua

© Sergio Mira Jordán, 2015

© De la ilustración de la cubierta: Óscar Giménez

© Meracovia Editorial, 2016

Ptge. Riu Llobregat nº 13-15 2º 1ª

08917 Badalona (Barcelona)

www.meracovia.com

Diseño cubierta: Meracovia Editorial

Correcciones y maquetación: Núria Sancho Subirats

La cesión de derechos de la presente obra se ha realizado a través de la agencia literaria Letras Propias.

IBIC: FF

ISBN: 978-84-945087-1-4

Depósito Legal: B. 3.939-2016

Impresión y encuadernación: Comgrafic, S.A., Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 47).

El repicar monótono del agua

Sergio Mira Jordán

Luis Martínez Navarro
In memoriam
(1947-2015)

Primera parte

Lunes

En mitad de la niebla,
solo aquel que
ya no tiene esperanza
lo ha perdido todo.

Joaquín Juan Penalva

1

El hombre del chaquetón gris se lía un cigarro y mira a la lejanía. A las montañas de enfrente, iluminadas por el tenue sol del amanecer. Es un paisaje árido, agreste; tan solo matorrales creciendo libres entre la nada y sobre tierra parda. La carretera que conecta con la autovía necesita un asfaltado urgente: está resquebrajada por varias partes, con plantas silvestres pugnando por salir al exterior.

Cuando un camión pasa por la autovía, a estas horas solitaria, el hombre del chaquetón gris ya tiene el cigarrillo entre los labios. Da una calada con fuerza, para quitarse el frío, y el humo que tira por su boca se confunde con el vaho y se disipa entre una liviana niebla. El hombre coge la mochila que ha dejado en el suelo para fabricarse el pitillo y empieza a andar. Prefiere no echar la vista atrás. No quiere ver de nuevo el lugar en el que ha pasado los últimos catorce meses. Dicen que da mala suerte. Que si, una vez fuera, echas la vista atrás, no tardarás en volver. Su compañero de celda se lo dijo la mañana anterior, en el gimnasio. Pero hace unos minutos, esperando a que se abriera la última puerta, el guardia del último resquicio de su condena le soltó que volverían a verse.

—Volveremos a vernos —le dijo.

—En el infierno, cabrón —contestó él, ya con el chaquetón puesto.

—Mucho ojo...

Espera no volver nunca. Tampoco es que haya estado media vida entrando y saliendo de prisión. De hecho, esta ha sido su segunda vez, así que, teniendo en cuenta su historial, podría decirse que es un tipo afortunado. Pero ya está bien.

A quinientos metros de la cárcel hay una parada de autobús. El hombre del chaquetón gris se sienta allí y espera. Nadie ha ido a buscarlo a la puerta de la cárcel. Tenía claro que ella no iba a estar. Con Paula terminó mal la cosa. Fue a verlo una sola vez en catorce meses, al poco de ingresar, y él se dio cuenta de que ya no sería lo mismo. De alguna manera u otra, todo había cambiado. A pesar de que llevaran relativamente poco, habían tenido sus vaivenes, pero el hecho de que lo detuvieran por tráfico de drogas fue toda una sorpresa. Sin embargo, lo que más le dolió a Paula fue la mentira. De nada servía que él le dijera que no consumía, que solo estaba haciéndole un favor a un amigo, un amigo que ella no conocía, que mejor que no conociera. Eso era verdad, por supuesto, pero Paula no creyó ni una palabra.

—¿Cómo puedes haber llevado una doble vida? —le preguntaba una y otra vez—. Qué estúpida he sido... Qué increíblemente estúpida he sido.

Y eso que Paula no conocía el resto de la historia.

En cualquier caso, ahora que había puesto tiempo de por medio, el hombre del chaquetón gris piensa que ella habrá olvidado, quizá perdonado, incluso. Se irán lejos. Tiene dinero ahorrado. Mucho dinero. El suficiente como para coger un tren, largarse a la frontera y empezar de cero. Tal vez pueda convencerla.

Sentado en el banco de metal, helado de frío, ya con el cigarrillo consumido, el hombre cierra los ojos y bosteza. Piensa en un viaje en tren, un larguísimo trayecto. Él está en el vagón restaurante, comprando un par de bocadillos y dos cervezas. Fuera, un paisaje de campos verdes y cielo azul desfila rápidamente. La camarera le regala una sonrisa y él regresa a su vagón. Por el camino, haciendo equilibrios para no caerse, se cruza con dos o tres pasajeros que lo saludan. Uno de ellos, con sombrero, se lo quita al verlo pasar. Al entrar en el vagón número 8, la puerta automática se abre tras pasar la mano frente al accionador y el hombre puede ver que la chica de la sexta fila levanta la mirada del libro que está leyendo y le sonrío abiertamente. Una mujer

preciosa; como Paula. Una chavala de esas que te quitan el hipo con solo mirarlas.

Es un sueño recurrente.

El hombre del chaquetón gris sueña muchas veces con ese viaje en tren, con el par de bocadillos y las cervezas, con el paisaje primaveral. Con la gente amable que se va cruzando en su camino de vuelta. Con la mujer que lo espera leyendo.

Por primera vez en mucho tiempo, piensa que ese sueño podría hacerse realidad.

2

Como un cuarto de hora después, justo cuando empieza a liarse otro cigarro, un autobús de línea se detiene frente al hombre del chaquetón gris. La puerta se abre y el conductor lo mira de arriba abajo con cara cansada.

—¿Al centro?

—Me bajo antes —dice el hombre aún desde el asiento metálico.

—Suba —dice el conductor de mala gana—. Se estará helando.

—No lo sabe usted bien.

El hombre se levanta, hurga en sus bolsillos y saca algo de calderilla para pagar el billete. En el autobús hay una señora de unos sesenta y tantos años que parece que va a trabajar. Está sentada hacia la mitad del vehículo. La mujer agacha la cabeza cuando lo ve subir al autobús y parece que agarra con más fuerza el bolso que lleva entre las manos. Es la reacción clásica; ya le habían avisado. El hombre del chaquetón gris va hacia la segunda fila y apenas se ha sentado cuando el autobús acelera al tiempo que se cierra la puerta. Se quita el chaquetón y ahora es un jersey fino de lana de color granate lo que más destaca de él. Eso y la barba

de una semana. Se ha duchado esa misma mañana, pero no se ha afeitado porque Paula siempre lo prefirió con barba, aunque a él no le saliera mucha. Y a él le habría gustado que ella hubiera estado esperándolo en la puerta de la cárcel, a la salida, entrecortada entre las sombras del amanecer, con el Golf blanco en marcha para salir volando de allí.

El hombre coloca el chaquetón en su regazo y abraza la mochila. Se da cuenta de que el conductor lo mira a través del espejo retrovisor.

—¿Una condena larga? —le pregunta.

—Todas son largas.

—¿Era la primera vez?

—Ha sido la última.

El conductor sonríe para sus adentros. Ha oído muchas veces lo mismo. Tipos con barba de varios días y aspecto consumido, aunque ágiles y fibrosos, que suben al autobús que hace la línea que pasa por la cárcel y dicen siempre lo mismo: que nunca volverán. Y luego vuelven, claro.

Diez minutos después, por la ventanilla ya se ven los primeros edificios de la ciudad. A lo lejos, los pisos más altos del centro tienen algunas luces encendidas. El hombre del chaquetón gris baja en la tercera parada, en el extrarradio de la ciudad, en un barrio de casas de tres alturas con fachadas ocre y tejados desconchados. Las farolas están rotas, apedreadas por muchachos, y gatos escuálidos campan a sus anchas, arañando bolsas de basura y persiguiendo ratas.

En la parada, el hombre del chaquetón nota cómo el conductor tiene unas ganas terribles de salir de ahí, de cruzar el puente y llegar al centro de la ciudad. Es lunes, y demasiado temprano, pero seguro que conoce al dedillo las historias que se cuentan de ese barrio. Algunas son falsas, como todas las leyendas negras, pero otras viajan en forma de pedrusco directas a la luna delante de tu coche. Cuando eso pasa, y cosas así las ha visto el hombre del chaquetón gris con sus propios ojos, es más seguro, si es que

la piedra no te ha alcanzado en la cara, parar el coche, bajarse y salir corriendo. Quien lucha por el pedazo de acero y plástico que conduce contra unos críos que solo quieren despiezarlo y conseguirse tres meses extra de buena hierba, lo más seguro es que acabe siendo alimento de los perros en algún callejón del barrio.

El hombre del chaquetón gris se despide del conductor con toda la amabilidad fingida de la que es capaz.

—Lleve cuidado, jefe —le dice con sorna.

—¿No va muy poco abrigado? —responde el conductor.

—Cuando entré era verano. Ahora está acabando el otoño. Además, yo nunca cojo resfriados.

—Suerte la suya.

El hombre se ha quedado parado en el último escalón. Al conductor le tiemblan las manos. Está empezando a transpirar, pensando que esa insulsa conversación es una estratagema para que alguien venga a desvalijarle el autobús. Mira por el retrovisor hacia donde está la señora. También ella ha comenzado a impacientarse.

Ahora es el hombre del chaquetón gris quien sonrío para sus adentros.

—Dígale a la señora esa que ya puede respirar tranquila —se despide.

Y luego el hombre baja del autobús de un salto.

3

Hace tiempo que no pisa el barrio. El pequeño apartamento donde vive es un tercero sin ascensor que una tía suya, ya fallecida, le dejó en herencia seis años atrás y que ella compró hacía treinta años, cuando el primer gran ensanche de la ciudad, cuando ni la droga ni la prostitución reinaban por esas calles. La crisis actual ha provocado el olvido definitivo de ese barrio. De

tanto en tanto, cuando se acercan las elecciones municipales, algún candidato inexperto se acerca hasta el centro social del barrio y promete aceras nuevas, calles limpias y mayor presencia policial. Los viejos que acuden al mitin para ahorrarse la merienda y llenarse el bolso de empanadillas y botellines de cerveza, aplauden con desolación, como el que va a la representación teatral de una tragedia clásica.

El hombre del chaquetón gris lleva viviendo allí desde hace seis años. Desde que su tía murió. No le gusta el barrio, pero qué otra cosa puede hacer él. No se puede cambiar. Cuando empezó a salir con Paula, ella, que viene de la otra parte de la ciudad, de amplios jardines traseros y patios de vecinos donde todos se saludan y organizan barbacoas dominicales, no comprendía que él prefiriera pasar noches enteras en aquel pisito de apenas sesenta metros. Luego lo entendió todo, cuando apareció la droga y a él lo encerraron un año y dos meses.

Pero era necesario seguir manteniendo ese piso, al menos una temporada más. Luego todo acabaría. Eso le decía siempre a Paula. Que esperara. Que pronto podrían irse lejos y empezar de cero.

El hombre del chaquetón gris ve una cabina pública, pero tiene el auricular arrancado y claros indicios de haber sido saqueada recientemente. A unos veinte metros hay un bar. Entra y, acodados en la barra, ve a dos ancianos metiéndose entre pecho y espalda su primera ración de coñac. Aún le quedarán unos cuarenta euros. Pide un café con leche y un par de magdalenas al camarero, un cincuentón barrigudo con vista cansada y ojeras congénitas.

—¿El teléfono? —pregunta el hombre del chaquetón gris.

—Al fondo, antes de llegar a los aseos.

Cuando va hacia donde le ha indicado el dueño del bar, el hombre del chaquetón puede oír sus palabras, dirigidas hacia los dos parroquianos:

—Desde que los críos reventaron la cabina, tengo más clientela. ¡Para que luego digan de los móviles!

—Tendrías que darles comisión —le responden entre risas.

—Que se jodan.

El hombre del chaquetón mete un par de monedas y marca un número de memoria. Siempre ha sido bueno para las cifras. Y, además, ese es un número que ha marcado muchas veces.

—Dígame...

Es una voz masculina. Ya nada le sorprende.

—¿Paula?

—Espera...

Tres segundos después es ella la que se pone al aparato.

—¿Quién es?

—Soy...

—Lucas.

—Sí.

—Cierto... Hoy es 12 de noviembre. Hoy salías...

—Sí. Ya estoy fuera. He estado esperándote, pero...

—No he ido. No pensaba ir. Olvídate de todo, Lucas.

Ni siquiera espera a que él responda. Tras una breve pausa, Paula sigue hablando.

—Mi mundo no es el mismo que el tuyo. Sé feliz y lleva cuidado.

Y, tras decir eso, cuelga.

Lucas se queda escuchando el tono lo que a él le parece una eternidad. Después deja el auricular en su sitio y va hacia la barra. Ya tiene preparados el café y las dos magdalenas. Se desabrocha el chaquetón y se sienta en una de las butacas altas, junto al hombre que parece más joven, aunque rondará los setenta y pocos. Los dos viejos tienen la mirada perdida en la televisión. El telediario matinal del canal 24 horas repite en ciclos de media hora las mismas noticias; y los mantiene embobados. Lucas coge el periódico y pasa páginas sin ni siquiera leer los titulares.

El de su lado lo mira de reojo.

—¿Nada interesante? —le pregunta.

—Lo mismo que en la tele —responde Lucas.

Le da vueltas a su conversación con Paula. Ha rehecho su vida. Él debería hacer lo mismo. Tampoco puede culparla. Le ocultó muchas cosas, muchos asuntos turbios. Y ahora paga las consecuencias. Si le preguntaran si estuvo enamorado, diría que sí. En la trena pensó mucho en Paula. Intentó explicarle que él no hizo nada, que nunca se había drogado, pero de nada sirvió. Y ahora un tipo acababa de cogerle el teléfono... Paula había colgado, tal vez porque no quería que el maromo de su lado la oyera hablar con él. Volverá a intentar contactar con ella más tarde. Recuerda su número de teléfono móvil, aunque es posible que lo haya cambiado.

En la televisión, la reportera anuncia la final de la Copa Davis de tenis del próximo domingo. República Checa contra España.

—¡A ver si les ganamos a los checoslovacos esos! —suelta el cliente más mayor, cuya frente está repleta de arrugas y tiene las manos agrietadas y las uñas amarillas.

—Está jodida la cosa —dice en un suspiro el dueño—. Sin Nadal por lesión, será difícil.

Y luego se sorbe ruidosamente los mocos. El delantal blanco que lleva tiene manchas secas de grasa.

—Qué va —responde el viejo—. Ahora ganamos a todo, aunque solo sea en deportes. Fijaos en la Eurocopa de este verano. Cuatro a cero a los italianos. Esos sí que se jodieron bien.

—A hijoputez tampoco hay nadie que nos gane...

Lucas suelta el comentario y los dos tipos de la barra le miran como si en vez de magdalenas estuviera mordisqueando saltamontes. Él sigue pasando hojas como si nada hubiera pasado. No han entendido el comentario, o lo han entendido a la tremenda y en modo personal.

Lucas le da un bocado enorme a una de las magdalenas y dice:

—Y son checos...

—¿Cómo?

—Que se llaman checos —repite Lucas tragando a duras penas—. Hace años que no existe Checoslovaquia.

—Y a mí qué me importa. Jódete, capullo.

Lucas intenta tranquilizarse. Recuerda que vio aquella final de la Eurocopa de fútbol en el salón de actos de la prisión, donde actuaba el grupo de teatro. Los funcionarios les dejaron ver todos los partidos. El día antes de la final, un par de presos italianos habían estado caldeando el ambiente, y esa noche, tras el partido, cogieron a uno de ellos, un cabroncete que estaba en chirona por haberle pegado tal paliza a su novia que la hizo abortar, y se desfogaron con él.

—¿Tú cómo lo ves, Miguel? —dice el viejo.

Miguel será el dueño.

—Toda la vida viviendo aquí, en este barrio —sigue quejándose el viejo—, y hay que aguantar que te venga un niño de estos a hablarte de cualquier manera. Gente como tú ha hecho que este barrio se vaya a la mierda.

El hombre del chaquetón gris le da un trago a su café y luego respira profundamente. Intenta alejar su mente de allí.

—Y ahora se hace el loco —continúa el viejo—. Este barrio respiraba armonía. Había tres o cuatro fábricas que daban trabajo a cientos de familias y podías ir a pasear por los parques sin miedo a que te pincharan por la espalda y te robaran la cartera. Y ahora, fíjate en qué se ha convertido.

—¿Y qué le voy a hacer yo? —dice Lucas—. Acabo de salir del trullo.

—Pues de eso estoy hablando. En la cárcel deberías haberte quedado, pudriéndote, pedazo de mierda. Así no volverás a cometer ningún delito.

Lucas cierra los ojos y cuenta hasta cinco. Muy despacio. Luego termina el café y se come la magdalena. La otra

aún sigue intacta. Saca el estrecho fajo de billetes de cinco que tiene y algunas monedas y pregunta cuánto debe.

—Dos con cincuenta —responde el dueño tras hacer la cuenta de cabeza.

Lucas se pone de pie, deja tres monedas sobre la barra de granito y se abrocha el chaquetón gris hasta arriba.

Antes de salir del bar y enfrentarse de nuevo al frío, todavía puede oír cómo uno de los dos parroquianos (no distingue quién, no se fija, los dos son tan terriblemente parecidos) tiene tiempo de mascullar:

—Ya ves tú, que ha salido de la cárcel. Como si eso fuera una novedad en este puto barrio...

4

Hay algo más de movimiento en la calle. Se ha nublado, aunque no parece que vaya a llover; no al menos hoy. Y hace más frío. Lucas necesita pasar por su casa, darse una ducha, sentir que tiene un hogar. Aunque nadie lo espere allí.

No vive demasiado lejos de aquel bar, apenas a tres manzanas. Por el camino se cruza con grupos de niños que tienen las rodillas peladas, llenas de polvo, de haber estado arrastrándose ya de buena mañana en los descampados de las afueras, donde hay todo un edificio de siete plantas a medio construir. Dos o tres adolescentes fuman porros en un portal que tiene los cristales de la puerta agrietados. Se le quedan mirando, pero Lucas pasa de largo. No quiere problemas en su primer día de libertad, y menos con unos críos.

El barrio es una mezcla de culturas y de nacionalidades. En cualquier esquina puedes encontrarte, pared con pared, una carnicería islámica, un restaurante chino y una frutería que regentan unos sudamericanos que solo traen productos típicos de